CONVERSACIÓN CON ALEJANDRO MARTÍNEZ PARRA

Entrevista realizada por Víctor del Río y Olga Fernández en el Museo Patio Herreriano de Valladolid el 9 de mayo de 2005

Olga Fernández: Me interesa, para poder ver los antecedentes de todos, ¿qué hacías tú antes de A Ua Crag?, por ejemplo lo del *Espacio P*, ese mundo.

Alejandro Martínez: Yo no soy un artista precoz para nada. Me incorporo al tema del arte muy tarde y de una forma (que no voy a contar ahora, pero bueno) incluso azarosa. Lo cierto es que en aquella época yo era bastante joven.

Olga Fernández: Tú estabas estudiando Pedagogía.

Alejandro Martínez: Sí, yo estudiaba Pedagogía, exactamente.

Olga Fernández: Le preguntamos lo mismo a Rafa.

Alejandro Martínez: Sí, sí claro. Era una época en la que…, mi forma de entrar en esto fue de una manera más convencional, a través del gusto por empezar a pintar y dibujar. Empecé a disfrutar dibujando. Entonces tenía diecisiete o dieciocho años, que es cuando bajé a Madrid. La cuestión es que empecé a trabajar en temas vinculados con la expresión corporal, con el trabajo corporal. Entonces se llamaba así. Ahora ya nadie lo llama así. Eran trabajos de indagación sobre el mecanismo corporal. Eso me fue vinculando a situaciones de escena; con el tiempo me fue volcando a temas relacionados con el mundo escénico, el trabajo corporal, la danza, etc. Entonces conocí a Pedro Garhel. No recuerdo ahora muy bien, tendría que ponerme a pensar en esa época, mi memoria no es muy buena. Pedro tenía el grupo *Korps*. Llevaba años desarrollando un trabajo muy vinculado al mundo escénico y corporal. Fue mi forma de entrar en ello. Me incorporé al grupo, hicimos el *Espacio P*, él escogió el lugar y lo estuvimos reparando y dándole vida. En aquel momento filmaba en súper 8, me gustaba mucho, tengo un montón de cintas.

Olga Fernández: Pero es un espacio como mítico en Madrid. Se recuerda un poco así.

Alejandro Martínez: No sé hasta qué punto se recuerda. Nació sumergido. Para mí hubo una serie de gente, que tuvo que ver con el *Espacio* y que fue importante.

Olga Fernández: Las primeras exposicio-

nes de Santiago Sierra, ¿no?

Alejandro Martínez: Pues no lo sé, podría ser.

Olga Fernández: Sí, sí. Te lo afirmo, porque he estado haciendo repaso histórico.

Víctor del Río: ¿Ya remuneraba a gente?

Olga Fernández: Ya. Tenía que ver con el posminimalismo.

Alejandro Martínez: ¿En qué año estás pensando? Porque esto fue, si no me equivoco, en el 82.

Olga Fernández: Y el comisario era Pedro.

Alejandro Martínez: En ese *Espacio* se hicieron muchas cosas. Aparte de ser lugar de ensayos, se mostraban trabajos vinculados a la música, pululaba una serie de gente, llegó –es donde nos conocimos– Francisco Felipe.

Víctor del Río:¿El que estaba en el Centro de Arte de Salamanca?

Alejandro Martínez: Claro. En esta época trabajaba arte. Gente de aquella época… Rafa estuvo, porque mi relación con el *Espacio* fue de dos años. Luego me fui de Madrid.

Olga Fernández:¿A dónde te fuiste?

Alejandro Martínez: Me fui a Aranda.

Olga Fernández:¿Cómo se come todo lo de la escena corporal? El *Espacio*, vamos a llamarle alternativo, por llamarlo de alguna manera, y primeras exposiciones pre-A Ua Crag, Alejandro como pintor…

Alejandro Martínez: Como pintor… Yo disfrutaba pintando de entrada. En fin, eso no he dejado de disfrutarlo. No hago casi nada porque no tengo mucho tiempo, pero he encontrado siempre un gran placer en ello. Lo que ocurre es que te vas haciendo preguntas y realmente tratas de hallarlas en otros ámbitos. En esos años es la experiencia lo que te va abriendo puertas. Soy muy joven y es el momento en que lo voy descubriendo. No es que tengas ideas o criterios, sino que estás metiéndote en muchos líos.

Olga Fernández: Tú empiezas [pintando] en [la exposición] *6 propuestas/pintura*, que es del 84, y en seguida, de las primeras cosas de A Ua Crag son ya acciones.

Alejandro Martínez: Sí, en el *8+8 Madrid-Aranda*, que fue el preámbulo, invitamos a gente a participar. Estaba Victoria [Encinas], vino Pedro [Garhel], era gente que conocía, con la que yo estaba vinculado. Allí pinté un horrible mural, que hasta me daba vergüenza colgarlo, pero era lo que pintaba en aquel momento. Eres muy poco crítico y con muy poco camino, pero me acuerdo, y espero que haya desaparecido completamente y no quede ninguna foto, o sólo alguna pequeña para recordarlo yo. Entonces pintaba, pero hacía más cosas.

Olga Fernández: Pues tenían unas diapositivas, allí en Milagros, que había un mural que yo creo que era de *8+8* de Rufo.

Alejandro Martínez: Ah, claro. Sí, he dicho mentiras, se conserva todo eso. Está en la

nave enrollado, estará en un estado… Rufo, Néstor, hicieron un trabajo que me gusta mucho. Ellos tenían una trayectoria muy sólida. Lo que ocurre es que a mí personalmente me ha gustado meterme en líos. Quizá entonces no lo hubiera sabido decir así, pero ahora, echando la vista atrás, realmente no he tenido un propósito fijo en arte, sino vender mi historia, meterme en experiencias que me fueran interesantes. Toda esa época, que fue efervescente, era formar parte de cuantas más cosas mejor. No es un momento en el que vas buscando principios, ni tengas criterios, ni nada. Lo que quieres es tener experiencias intensas y para mí, cuando surge A Ua Crag, ya hemos hablado muchas veces, se vive de diferente forma en función de las necesidades que cada cual tiene. En ese momento, para mí, de alguna forma es la posibilidad de generar una nueva situación, más vinculada a las cosas que yo venía conociendo, pero también es más cosas. De hecho yo, teóricamente, iba a hacer un pase efímero por Aranda, porque, al estudiar, tuve que hacer la mili en ese momento, y lo que era un paso efímero… al final me atrapó, me

quedé allí un montón de tiempo, aunque he estado vinculado con más cosas, con Madrid.

Víctor del Río: ¿Qué es lo que te atraía del proyecto en particular?

Alejandro Martínez: Creo que lo he contado alguna vez. A Ua Crag, o por lo menos así me lo he inventado, para mí ha tenido algo fascinante, no necesariamente terrenal. Es algo que te atrapa y sabes que tienes que estar allí. No sé explicarlo. A pesar de haber pasado veinte años sigo sin saber por qué tenía esa fuerza.

Olga Fernández: Pero tú ya eras amigo de ellos antes.

Alejandro Martínez: Sí, yo era una generación más joven que todo el grupo, pero ya estaba vinculado en términos de amistad. A Luis, que es actor. Los preámbulos de A Ua Crag ya los conocéis…

Olga Fernández: El tema amistoso es importante, por lo que hemos rastreado.

Alejandro Martínez: Sí, pero A Ua Crag no está exento de las dificultades propias de un grupo que intentaba organizarse… Que la mayor parte viva allí y sepa que eso es necesario…

Olga Fernández: Eso es muy importante.

Alejandro Martínez: Claro. Creo que se es más consciente o menos, más explícito o menos, pero lo que está claro es que era una oportunidad para quien estaba allí. Pero entraban muchas cosas en juego, la amistad es importante, la amistad en la que entra gente nueva, Julián, Jesús, etc. Y, en efecto, siendo cada uno a su manera, se crea un vínculo afectivo muy grande. Yo lo he vivido así, y creo que todo el mundo también. Tal es así que si no tampoco se explica, porque éramos capaces de superar problemas que hubieran desarmado a cualquier equipo, los problemas cotidianos, el día a día, las gestiones, mil historias. Hace falta que algo te vincule, te atraiga con fuerza, porque si no se va a hacer puñetas. Y eso que había disparidad de opiniones, experiencias diversas, necesidades distintas, pero todo aquello curiosamente no hizo que se estropeara. Tampoco se pensó desde el principio. Esto es una cosa interesante, nunca se pensó que fuera a durar tanto, y así, día a día, diez años. Hubo momentos críticos, pero se superaron. También pienso que podría haber seguido funcionando. Yo entonces lo creía, pero todos los hechos desembocaron en que era el final. Sencillamente porque creo que hay que ir dando pasos, mutando, por así decir. Cuando llega el momento de dar una mutación y no puedes, dices *ya*. Pero A Ua Crag fue salvando peldaños. Tenía que enfrentarse a cosas en la medida en que se podía subir. Se iba para adelante. Yo creo que al final llegó a un tope.

Olga Fernández: Todavía no hemos llegado al final, estamos en el principio. A mí me parece fascinante el tema de que un grupo de siete u ocho personas consigan que eso fragüe en un pueblo de la periferia de la periferia, porque, si lo miramos en general, no había muchas experiencias repartidas en toda España, fuera de lo que son grupos que se montan en Barcelona o Madrid.

Alejandro Martínez: Quizás vinculados a hechos concretos.

Olga Fernández: Ese fraguarse y que fuera tan sólido.

Alejandro Martínez: Sí, fraguarse es una buena palabra. Esas cosas siempre tienen variables muy diversas.

Olga Fernández: Tú necesitabas que, desde Aranda, se hiciera eso, pero es que es una necesidad que puede sentirse desde muchos sitios y no se hace nada al respecto.

Alejandro Martínez: Podemos especular con ideas. Supongo que la necesidad es importante, todos intuimos que era una necesidad. Una oportunidad intuida, porque no sabes lo que va a ocurrir. Tampoco al principio proyectas grandes cosas. Simplemente es algo que se va apoderando, que va tirando, que va fraguando. Vas quitando velos y aquello va tirando de ti de alguna forma. ¿Por qué fragua? Pienso que por la necesidad de unos, la tenacidad, las ideas claras de otros como Rufo y Néstor. Todo tiene su virtud y su defecto, pero aparte de sus virtudes, entiendo que tenían una energía muy sólida. Me da la impresión de que la necesidad es importante y también la confluencia de ciertas afinidades que, aun siendo muy diferentes, nos vinculaban.

Víctor del Río: Cuando dices que era una oportunidad, ¿de qué?, ¿para ti o para todos? ¿Qué tipo de oportunidad veías en A Ua Crag?, porque los otros sí que nos han especificado más. Entiendo que la oportunidad es un sentimiento abstracto, que no sea transitivo, pero creo que tú tenías ahí una visión que a lo mejor difería un poco de los otros. Por ejemplo, Néstor y Rufo dicen muy claramente, sin ningún tapujo, que tenía una vocación estratégica.

Alejandro Martínez: ¿Cuál?

Olga Fernández: Se refiere al circuito.

Alejandro Martínez: En efecto, creo que ese deseo por su parte era totalmente lícito. Si no ellos tenían pocas posibilidades realmente, con lo cual era la gran oportunidad.

Olga Fernández: Digamos que ellos no se van a Madrid a triunfar y dejan su vida.

Alejandro Martínez: Claro, son sus familias, son sus cosas. Hay quien puede hacerlo. Entendían que su vida cotidiana estaba allí. Quizá os han hablado de ello. En cualquier caso la pregunta de por qué para mí. Creo que es un poco irracional. Me pasa a día de hoy. A veces me esfuerzo en tener ideas y no lo consigo, pero entonces me pasaba igual, incluso peor. De repente no sabes por qué estás en una cosa. Te resulta excitante y notas que tienes que estar ahí. No sé explicarlo de otra forma. Creo que, como venía de vivir unos años en Madrid –la verdad es que ahora

me pregunto… por qué no me quedaría en Madrid o me iría a otro sitio y digo no sé si habré hecho bien o mal–, lo cierto es que surgió todo de una forma natural. Con A Ua Crag yo estaba en Aranda, pero como si no estuviera en Aranda. Vivía allí, pero estaba fuera del contexto de Aranda. Estabas haciendo lo que tenías que hacer. No era esa sensación de estar en Aranda como «estar en Aranda», montando un lío de puta madre, aunque no se sabía cuándo iba a parar.

Olga Fernández: Tampoco era militante, con lo cual podíais estar en muchos sitios a la vez. Tu intención era estar en cuantos más sitios mejor.

Alejandro Martínez: Sí, en esa época yo estaba dando clases. Económicamente era un desastre, porque malvivías de cualquier forma. Daba clases de expresión corporal y de trabajo creativo. Ya entonces empecé a trabajar en ese ámbito. Nunca he hecho una cosa así, como de secciones, sino que para mí era todo lo mismo, como ahora. Cuando concibo un libro no estoy pensando como diseñador, sino que estoy construyendo un hecho. Nunca he vivido «ahora hago arte, ahora hago un curso». Los trabajos con la gente eran como un espectáculo. Me daba igual coincidir con *La Constructora* montando un espectáculo que trabajar con veinte personas una situación de tipo educativo-educativo. O montar una expo o hacer tu propia obra. Es que todo formaba parte de lo mismo. El propio A Ua Crag. Entre todos lo dábamos forma, ¿me entendéis? Trato de hacer un poco de recuerdo, porque ahora todo aquello se ha maleado un poco. En aquella época todo era muy fresco, haciendo de todo y aprendiendo de todo. Estás buscando una predisposición de hallazgos y de emociones, pero en ese momento no haces cálculos. Yo no tenía ningún cálculo, ni me he sentido un artista (todo esto habría que hablarlo muy despacio, porque tiene muchas comillas). Lo más importante era la emoción de lo que se estaba cociendo, dónde iba a ir a parar el tema. No lo sé. Tanto en lo interior, personal, como en lo exterior. Esa es, de alguna forma, la atmósfera que personalmente he respirado. Oportunidad en el sentido de que a lo mejor no hubiera ido a Nueva York, no lo sé. Oportunidad en el sentido de que notas que hay una confluencia de energías y de esfuerzos para poner en marcha algo que es sabroso. Íbamos encontrando, descubriendo, la Galería, ARCO… A unos les ha emocionado más, a otros menos, pero la Galería era fantástica. Montábamos cosas, era una sensación excelente de estar tramando algo. Y en esa época, también por edad, por ingenuidad, lo cierto es que piensas más en el pueblo, en un sitio tan pequeño, la oportunidad de poder hacer estas cosas y tienes ciertas ilusiones sociales, socio-locales. Ahora ya no me preguntéis sobre eso porque puedo ponerme enfermo, pero todo aquello también forma parte. Al fin y al cabo vienes de un momento de transición. Rafa y yo vivimos todo el problema de las cuestiones sociales, los principios, ciertos debates que

luego han evolucionado de otra forma. Néstor, Rufo… eran un colectivo de alguna forma implicado en política y cultura.

Víctor del Río: No sé si nos saltaríamos algún paso, pero sería muy importante que Alejandro nos hablara de *La Constructora.*

Alejandro Martínez: ¿No hablasteis con Rafa de *La Constructora*?

Olga Fernández: No dio tiempo.

Alejandro Martínez: *La Constructora* nace un poco en paralelo, empezó como *Menos 13.* Surge del vínculo entre Rafa y yo. Andábamos en la facultad enredando en historias y aquello surgió de una forma… no me acuerdo, pero natural, enredando. Rafa entonces estaba muy metido en teatro, trabajaba vinculado a la escena y nos surgía de una forma natural el hacer esta historia. *La Constructora* surge como una posibilidad para desarrollar determinados asuntos. Yo, en aquella época, me puse muy dramático y serio, un tipo de obra muy oscura. El periodo tenía que ser ése, la zona de trabajo oscuro y muy teatral, amplio, vicioso. Es lo que me salía entonces. Ahora cuestionaría un montón de cosas, pero me tocó hacerlas. No sabía hacer otras cosas. Mejor o peor, pero las que tenían que ser. Pasas periodos, bajas por el profundo, y cuando subes a la superficie, tuve mi época marina, sales como un reptil y luego ya…

En esa época los problemas artísticos me los planteaba un tanto oscuros y muy serios. *La Constructora* era el dispositivo que permitía salir a divertirse un montón. Dábamos rienda suelta a nuestras ideas sin ningún tipo de pudor.

Olga Fernández: Ya, como performance.

Alejandro Martínez: En el ámbito de las acciones, vinculado a la escena sin un planteamiento claro, riguroso. Chulo, porque la verdad es que nos lo pasamos genial y se montaron varios espectáculos. Tú piensas que así va a ser el resto de tu vida, que es eterno, que vas a hacer cinco mil millones de cosas. Ahora me pregunto por qué no nos esmeramos un poquito más. Entonces montamos cuatro o cinco, que en principio tenían total libertad. Podíamos hacer lo que se quisiera. El asunto era divertirse, no en un sentido frívolo, sino de placer. *El cristalino del besugo*, que fue el primero que hicimos, y todos, tienen una serie de cuestiones. Era contar con un humor un poco ácido, bastante negro, reflexiones sobre la muerte, el paso del tiempo, pero dados la vuelta y mondándonos de risa. Los espectáculos eran cutre-espectáculos, los montábamos con cuatro pesetas, pero contábamos nuestras cosas. El espectador empezaba riéndose, pero no terminaba riéndose.

Víctor del Río: ¿Improvisabais o teníais un guion?

Alejandro Martínez: No, no. Teníamos un guion. No podíamos pasar de él. Tengo hasta el guión del ¿????

En *La Constructora* después se incorporó Luis, que era actor, porque Rafa, a pesar de su formación, francamente... Yo, un desastre. Tenía que estar en escena porque no me quedaba más remedio, porque no éramos tantos, pero no lo disfrutaba especialmente, aunque me divirtiera. Yo, en el tema actor, cero patatero. Rafa mucho mejor porque tiene prestancia, una voz estupenda, pero digamos que tampoco…, Luis era el gen que mantenía en escena, porque es fantástico. Montamos también talleres creativos. Hicimos alguno conjunto como *La Constructora*, con A Ua Crag, y otro que nos buscamos. De eso hace poco hemos encontrado unos documentos. Luego nos escribíamos. Queríamos montar un espectáculo por carta, que luego nunca se hizo. Era el hecho de cartearnos, porque entonces escribíamos cartas, de alguna manera elaborando un supuesto trabajo. Y luego otras cosas que fueron saliendo. Nos fuimos a Portugal, a hacer un viaje para montar una historia. Naturalmente no hicimos nada. Pasamos unos días estupendos en Portugal, fuimos al rastro, nos compramos los maletines de *La Constructora*, de final dramático, porque yo lo perdí en un tren, cada vez que me acuerdo me da un patatús. No me digas por qué lo perdí. Durante tres años yo iba a todas partes con ese maletín y Rafa también. Era un maletín metálico donde teníamos el laboratorio. Cada uno tenía su movida. El caso es que no sé por qué un día desapareció. Ése que va con la fotografía del cartel. Con ese maletín nos fuimos a Portugal y durante esos días hicimos acciones. No llegamos a construir nada, pero fueron unos días muy bonitos y allí se fueron tramando una serie de cosas. Lo que ocurre es que, como siempre, era algo que hacíamos al margen. Andábamos liados, Rafa trabajando… Desgraciadamente se nos quedaron mil cosas en el tintero. No aprovechamos al máximo ese periodo. Pero sigue existiendo *La Constructora Menos 5*. Lo que pasa es que llevamos diez años sin hacer absolutamente nada, pero no desaparece. Quizá esto es un poco anecdótico.

Olga Fernández: No. Completa el panorama de esa facilidad y flexibilidad que tenía A Ua Crag para que se volcara lo mejor de cada uno sin limitarse a que fuera un grupo militante. Todos los grupos de los que he estado leyendo van tan dirigidos, bien por la acción político-social o bien porque todos militan dentro de ese estilo… Al final esa versatilidad es muy flexible y permite que todas esas ideas se puedan poner encima de la mesa, todas las prácticas y todas las situaciones.

Alejandro Martínez: Eso es interesante, pero traslada las circunstancias de un modo personal. Hubo unos años, al principio, donde eso hubo que asimilarlo, porque no estaba tan claro. De alguna forma se decía *hay que hacer un manifiesto, pues no*, no es que nos sentáramos a hablarlo.

Olga Fernández: ¿De qué hablabais los lunes?

(risas)

Alejandro Martínez: Si te digo la verdad, no me creo que hayamos estado tantas horas todos los lunes.

Víctor del Río: Los lunes al sol.

Alejandro Martínez: La verdad es que en A Ua Crag nos juntamos y podemos estar hasta las cinco para tomar una decisión sencilla, pero eso era idiosincrasia.

Olga Fernández: Pero se tomaba una decisión, ¿de qué orden?

Alejandro Martínez: La Galería requería una gestión cotidiana. Teníamos mil direcciones, nos juntábamos todos y allí no había militantes: éramos currantes de fábrica, pegábamos mil sellos con lengua y un día descubrimos la esponja… (risas). Luego eso evolucionó, porque al final las llevábamos a Correos. Se va aprendiendo. Lo cierto es que teníamos una actividad importante.

Olga Fernández: Una vez que se cerró la Galería, ¿los proyectos importantes, la nave?

Alejandro Martínez: Sí. Ese fue como el paso. Se está con la Galería. Después surge, no me acuerdo muy bien, la posibilidad de alquilar la nave.

Olga Fernández: Y eso, ¿en qué año fue?

Alejandro Martínez: Unos años después. Creo que fue en los comienzos de la Galería. Al principio era la Galería y cada uno curraba. De hecho Julián y Jesús tenían alquilado un piso y pintaban los dos, Rufo y Néstor tenían sus cosas en otro piso, yo tenía mi casa, cada uno se buscaba la vida, pero surgió el tema de la nave, que era muy baratilla por aquel entonces: cuatrocientas mil pesetas setecientos metros. Era una maravilla, decidimos cogerla, y nos metimos ahí. Aquello dio una dimensión tremenda.

Olga Fernández: Ese dato no lo tenía yo en la ficha.

Víctor del Río: Y eso ¿qué año fue?

Alejandro Martínez: Ocurrió dos o tres años después.

Olga Fernández: ¿Antes o después de ARCO?

Alejandro Martínez: Después.

Olga Fernández: El primer ARCO fue en el 88.

Víctor del Río: ¿Entonces en el 90?

Alejandro Martínez: Ah, no. Pues entonces no sería por ahí.

Olga Fernández: Yo veo como historiadora: antecedentes 82-85, gestación 85-88, ¿qué pasa en el 88? Creo que con ARCO toma la dimensión hacia fuera. Y la dimensión hacia dentro, con la nave.

Alejandro Martínez: Claro, exactamente. Entiendes la necesidad de una infraestructura. Fíjate que el mismo hecho sirve para los profesionales, vamos a llamarlo así, pero también para los no-profesionales.

Olga Fernández: ¿Para el amateur?

Alejandro Martínez: Para el amateur, ¿qué era aquello? Muy sencillo, poseer infraestructura era una moneda de cambio, servía para comprar cosas distintas pero, al fin y al cabo, era moneda de cambio. El tener la nave, el tener la Galería, lo que permitía era poder establecer relaciones, para lo que fuese como con otros grupos internacionales, que fue el otro peldaño. Todos eran peldaños, porque se iba notando que algo se iba consumiendo, se iba cerrando su curva y se veía el paso siguiente. Entonces se adivinaba una cierta crisis. Al tercer año ya no se pudo ir a ARCO. Se estaba produciendo el paso hacia el tema internacional que, para mí, personalmente, es como si todo lo demás hubiera sido una especie de sala de espera.

Olga Fernández: Para mí, en cambio, los comienzos resultan muy interesantes, porque está el germen de muchas de las cosas que luego pasan. Unas se desarrollan, otras no, pero ese momento de confusión…

Víctor del Río: El momento de expansión hacia el exterior, el contacto con el extranjero ¿coincide también con el principio del fin de algún modo?

Olga Fernández: No, es justo a la mitad, justo el ecuador.

Víctor del Río: Justo cuando se va Néstor, uno de los fundadores.

Alejandro Martínez: No, no creas. Todo se ha ido solapando. Néstor estuvo presente con los franceses, los dos primeros movimientos, cuando ellos vinieron a Aranda. [Luego] surgió Alemania, que era muy importante. No éramos precisamente un grupo de gente dada a las salidas. Cada cosa surgió de una manera. Para mí hay un enigma. Me gusta verlo así, porque si no es más soso.

Olga Fernández: El paso de ARCO creo que es fundamental. Hay un antes y un después, eso lo hemos comentado también. Creo que no era sólo el sentido mercantil y comercial, sino en el de darse a conocer y permitir establecer contactos.

Alejandro Martínez: Si no hubiera sido por ARCO, pues lo mismo… Confieso que a mí ARCO no me gustaba, no me interesaba para nada, pero luego [lo] he reconocido. Yo [tenía] entonces un cierto grado de beligerancia, porque me parecía que el acento me interesaba en otro sitio. Con el paso del tiempo me alegro de las decisiones que se tomaron, auque no las suscribiera. Claro que sí. Siempre era positivo, vamos a decirlo así, pero yo no defendía aquello en particular. Además, ya puestos, me acuerdo que le daba muchas vueltas, al menos al cómo teníamos que ir a Arco. Porque eso de ir a ARCO, a llevar las obras y ponerlas en la pared no lo entendía. Entendía ir a ARCO para presentar un proyecto, pensaba *tenemos que utilizar proyecciones, hay que contar las cosas, montar un ámbito donde se muestren las obras,* pero yo no veía claro ir con las obras. Todo eso son cosas de la edad. En cualquier caso, se hiciera como se hiciese, lo cierto es que –ahora lo entiendo así– fue muy bueno, porque es verdad que supuso un soporte y una credibilidad. Fue muy útil.

Olga Fernández: Son las primeras críticas de periódico no local, salís en *El País*, en el *Diario 16* de entonces. Es muy interesante lo que dicen, lo ponen en relación con un par de grupos que hay en Gerona y la misma prensa en ese momento reconoce esa efervescencia de lo que había. Lo local todavía tenía esa capacidad de generar noticia, como periferia en el sentido bueno. Cómo ese aire local permite que se establezcan otros circuitos, por otras vías.

Alejandro Martínez: Es que en cierto modo tenía esa utilidad. Creo que A Ua Crag, en un ámbito menos local, menos estéril, no hubiera prosperado. Es precisamente la esterilidad la que lo permitió. Por ejemplo, yo conocía la parte frívola de Madrid. En contraste a eso los de Aranda éramos casi franciscanos, quiero decir, vivíamos en un ámbito con concentración, austeridad. Parece una bobada, pero yo lo he pensado con el tiempo, la ausencia de ciertos estímulos fue la que permitió que aquello fraguase.

Olga Fernández: Yo eso lo entiendo en el sentido de lo que decía el otro día, que mientras que en Madrid había esa frivolidad, había que entender una manera de ser de las cosas, aquí era todo lo contrario, no es que todo valiera, pero todo se posicionaba en relación a lo estéril del contexto, todo forma parte de ese proyecto.

Víctor del Río: Eso también lleva a aglutinar propuestas tan dispares como las que teníais unos y otros.

Olga Fernández: Eso en Madrid no se podría dar.

Alejandro Martínez: Ni entrar en unos debates más intelectuales. Porque nosotros hablábamos mucho, pero una cosa es ser charlatanes y otra es tener un debate de determinada forma.

Víctor del Río: De todas formas, después de haber oído hablar a casi todos, ya me voy cuestionando si realmente eran tan dispares los proyectos. El componente barroco teatral…

Olga Fernández: Hay un eje central a través del paisaje, que lo ha señalado Néstor, y luego hay otro que tiene que ver con la memoria, que aunque se entienda de diversas maneras está por ahí.

Víctor del Río: Yo creo que eso os permitía entenderos muy bien: el los soportes fueran muy diferentes. Y en el fondo a ti te seguía gustando pintar.

Olga Fernández: Eso te permitía hacer de bisagra y entender a los demás y consiguió que Julián pintando se hiciera medio conceptual.

Alejandro Martínez: No sé, quizá. Lo que es un defecto, a veces, sirve.

Víctor del Río: Por un lado os aglutinaba la

parte de la periferia, en tanto que era todo una vivencia de lo artístico como alternativa a una situación o a una vida estéril.

Olga Fernández: Digamos que hay una doble dialéctica. Una con el contexto artístico de Madrid, sobre cómo entender la modernidad o la posmodernidad, y otro una dialéctica con tu contexto más inmediato, que es la que articula que te pongas en una situación de triángulo. Al fin y al cabo, la que te permite triangularte. ¿Luego tú te vas a París?

Alejandro Martínez: Sí.

Olga Fernández: Madrid, Aranda, París.

Alejandro Martínez: Sí. Bueno, yo estaba en Aranda, pero me movía. En el 88 me llegó un proyecto que se hacía en Villarcayo, al norte de Burgos. Allí estaba una parte de la Fundación Sol Hachuel, que gestionaba Valín, un personaje increíble. Aparte de ser entonces delegado provincial de la Junta, era un hombre de teatro que vinculaba a una serie de gente fantástica en Madrid, gente de escena, de teatro y de cultura, con la gente del CEI. Hay una cuadrilla. Valín, por una serie de circunstancias, cuando el PSOE estaba en Castilla y León fue delegado provincial en Burgos. Ahí volvimos a encontrarnos después de varios años, después de haber estado en proyectos que gestionaba. Yo estuve en diversos cursos, al poco tiempo de volvernos a encontrar en la Fundación, que dirigía Valín. Organizó un gran proyecto pionero en España, en el 88, para montar una red de programadores-gestores culturales.

Olga Fernández:¿De artes escénicas o de todo tipo?

Alejandro Martínez: De todo tipo, programadores de cultura y montar una red en toda Castilla y León. Era un proyecto increíble. Yo me incorporé a trabajar con ellos una serie de meses, coordiné el curso, estuvimos seleccionando gente en Castilla y León vinculada a la cultura para traer a tres personas de cada provincia, además de Aranda y de Miranda, y juntamos a toda la gente en Villarcayo durante dos meses. Era un lujo, vino gente maravillosa a dar formación. Fue tan pionero que fracasó.

Olga Fernández: Las personas que hicieron el curso, ¿luego no se han dedicado a esto?

Alejandro Martínez: El PSOE perdió las elecciones y entonces hubo problemas. Se pensó en abandonar el proyecto, porque se vio que sin un soporte institucional era muy difícil, era complicado que, de un modo privado, una red se mantuviera, pero se tiró para adelante. A pesar de todo se montó la red. Sobrevivió como pudo un año, pero aquello, lógicamente, no prosperó.

Olga Fernández: Es que tanta formación en gestión cultural, cuando en última instancia la cultura viene del mundo de los políticos…

Alejandro Martínez: Rafa vino a hacer la coordinación del grupo. Se ocupó del seguimiento de los cursos. Luego yo estuve en Soria. Es cuando conocí a Eva, mi pareja, y me fui a Soria. Ella fue alumna del curso. Allí decidimos irnos a París y vivimos…, ya os lo contaré otro día. (risas)

Olga Fernández: …la bohemia más cutre.

Alejandro Martínez: Lo que pasa es que fue el año más maravilloso de mi vida. Ahí gracias a Esther Ferrer, y lo diré mil veces. Esto no hubiera ocurrido sin Eva, sin Merche, una chica que conocimos allí, sin ellas dos –que hablaban francés– y sin Esther Ferrer, creo que no hubieran existido los proyectos de intercambio internacional. Esto es muy importante para mí. Era la gran oportunidad de dar a conocer el proyecto de A Ua Crag. Yo tengo más timidez de la que parece y para mí Esther, Zaj... eran mitología. Fuimos a ver una conferencia y estaba Esther y otros artistas. Yo decíAlejandro Martínez: cómo me encantaría conocer a Esther Ferrer pero no me atrevía, y fue Eva a hablar con ella y a saludarla y yo me creí morir. Fue tan encantadora que al día siguiente estábamos en su casa tomando café. Ahí ya se habló de las cosas, dijo: vais a llamar a Bernard Cuisinier del *Genio de la Bastilla* y nos contó toda la película que se estaba haciendo allí, el tema de las Puertas Abiertas y nos fuimos a hablar con Bernard. También vimos muchos sitios y enseñamos los dossieres y las cosas a un montón de gente. Se generó este tema y se presentó a la gente de Aranda.

Olga Fernández: Lo de Colonia, ¿cómo surgió?

Alejandro Martínez: Lo de Colonia.

Olga Fernández:¿Fue una exposición o un intercambio?

Alejandro Martínez: Fue una exposición. Se hacía en Colonia algo de las nuevas tendencias españolas en arte. Resulta que había un tipo que tenía el libro de la Itinerante primera. Aquel libro pequeñito. Esta persona, no recuerdo su nombre, estaba vinculada a Colonia, trabajando allí en algo relacionado con el arte. Nos llaman, porque él se había llevado el libro y lo había enseñado a una serie de personas, entre ellas la que nos llevó, que formaba parte de la organización. Tenía una tienda de futones japoneses donde dormimos la primera noche. Son las casualidades, este tipo coge el libro y nos llama: *oye que si queréis venir a esta historia*. Entonces Rafa vino a París y estuvimos allí unos días. Lo que hice a Rafa en cuanto llegó a París fue montarle en el coche y darle una vuelta por París por todas las puertas. Al final pensé que me había equivocado, porque empezó a tener tan mala cara y a ponerse de tan mal humor que dijo *¿Qué estas haciendo? Vengo de un viaje y me metes en el coche* y yo le dije que era un ritual, que no podía entrar en París si no había dado toda la vuelta, pero se enfadó mucho. El caso es que estuvimos unos días y de allí nos fuimos a Colonia, Esto es importante, porque la gente me echó la culpa a mí, pero fue Rafa quien se llevó a la japonesa.

Víctor del Río: La bronca a ti, ¿por qué?

Alejandro Martínez: Porque ya sabes cómo son los de Aranda. Ella hacía danza en la calle y un día paseando la vimos y Rafa se puso a hablar con ella y bueno… Fue a Colonia. Allí hizo una danza, hay unas fotografías. Todo esto, que a nosotros nos parecía muy normal, pues al resto… Allí es donde se vio realmente la posibilidad de tener contacto con la gente de *la Bastilla* de una forma más oficial. Vino Rufo, hicimos las presentaciones y seleccionamos. Era una asociación que reunía muchísimos artistas. Nos pasamos una tarde o un día viendo dossieres y seleccionando. Rufo y yo siempre nos alegramos de estos días, como artistas y como personas. Fueron magníficos. Quitando Catherine, que fue una mujer que hacía un buen trabajo, pero que no llegó a cuajar amistad de ningún tipo –como llegó se fue–, con el resto hay una amistad perdurable. Ahí dimos un poco el paso, esa experiencia funcionó y nos fuimos metiendo. Hubo continuidad para una segunda parte y de ahí a una tercera, en Holanda. Le fuimos cogiendo el tranquillo al hecho de organizar, detectar gente para trabajar. Ya ARCO estaba olvidado, porque había pasado y estábamos en otra fase, la infraestructura, la galería, la nave.

Víctor del Río: De hecho ya no ibais a ARCO. No podíais.

Alejandro Martínez: No, no. Ya digo ARCO que ya estaba bien, entiendo que fue bueno. Las cosas hay que verlas, porque todo tiene su razón. Cumplió su misión y probablemente dio paso a otra cosa.

Olga Fernández: Y la Galería, ¿hasta cuando está abierta? Hasta el 90, ¿no? Coincide un poco.

Alejandro Martínez: Sí, hasta el 90. Luego hicimos algunas cosas esporádicas. Lo que ocurre es que…

Olga Fernández: Daba mucho trabajo.

Alejandro Martínez: Daba mucho trabajo, costaba un dinero que no teníamos… La parte económica de A Ua Crag ha sido tremenda, con el agua al cuello, debiendo dinero, poniendo dinero, salvo las ayudas puntuales de la Junta, el Ayuntamiento, ARCO. La Junta daba dinero para ir a las ferias y luego cada cual ponía dinero para publicaciones. Esa austeridad económica generaba mucha tensión, que era más o menos llevadera, pero lo cierto es que la galería costaba mucho esfuerzo cotidiano y dinero. Creo que si hubiera tenido sentido habría seguido. Tampoco se vendía nada. Creo que cumplió un ciclo. Lo que permitía era tener contactos, relaciones con otras galerías. Hubo una serie de colaboraciones, pero ya estábamos metidos en este bacalao y la Galería dejó de tener sentido. ¿Qué ocurre? Que el primer proceso de trabajo con los franceses bien, pero la gestión era muy complicada. Es la siguiente crisis. Había habido pequeñas minicrisis pero se habían ido superando. Sin Rufo no habríamos existido, porque su capacidad de entrega y de responsabi-

lidad era efectivísima. Sigue siendo así. De alguna forma era el eje. No hubiéramos sido nadie sin esa capacidad de cotidianidad en la gestión, porque la gente que estábamos en Aranda vaya, pero la gente que no… eso siempre genera sus pequeñas tensiones, llevaderas pero tensiones. Y cuando ya nos metemos en el lío de intercambio, en el tema de gestión, llega un momento que dices, ¿somos gestores o artistas? Ahí se sufre un problema. ¿Hablas sólo de la gestión y te dedicas solo a gestionar? En esos momentos surgen problemas.

Víctor del Río: ¿Es ahí donde entra Eva?

Alejandro Martínez: Sí. En esto supongo que hay diferentes opiniones, porque luego la historia ha tenido sus más y sus menos y a lo más no soy la persona mejor indicada para hablar de ello. Tal y como lo veo, creo que si Eva no hubiera intervenido A Ua Crag tampoco hubiera seguido, con ella las crisis se iban resolviendo. Eva u otra persona que hubiera hecho su labor. Lo cierto es que llegó un momento en que era necesario que alguien…, entonces se hizo un tímido ensayo con Javi Iglesias, pero no funcionó. Lo que era necesario es que alguien se dedicara en cuerpo y alma, y de una manera profesional, a la gestión, una serie de circunstancias hicieron que Eva asumiera ese tema. Ahí ya pasamos a otra fase, que es potente a nivel de gestión. Si hasta entonces había sido lo mejor posible, empezábamos a tener una infraestructura real de gestión. La ventaja es que lo conozco más en detalle, más de cerca, fue bestial. Eva es muy fuerte, tiene una capacidad inmensa y se volcó además con una generosidad que igual A Ua Crag no se merecía. Así fue, con errores, porque no estuvo exento de ellos. Ella se incorporó cuando estábamos en Artous, en la tercera parte con los franceses. Por entonces ella estaba en Madrid, en una empresa, y sacrificó su sueldo potente por venirse a Aranda en unas condiciones económicas deplorables, se lanzó aprovechando que tenía el paro y con un poquito más que le dábamos podíamos tirar para adelante. Así fue durante unos meses hasta que se acabó el paro y luego era seguir con lo que fuera. Si esto fue en el 90, todo lo de los franceses fue entonces, ella estuvo desde el 91 hasta que se cerró, durante todo ese periodo es cuando hay una maquinaria de gestión potente.

Olga Fernández: ¿Para hacer viajes, para producir las obras?

Alejandro Martínez: Habría que empezar a ver papeles, porque ya no me acuerdo. Lo que se intentaba era conseguir dinero, porque estas cosas requerían mucho dinero, pero buscábamos los recursos. Los artistas vivían con nosotros. Todo en unas condiciones emotivamente muy encantadoras, pero siempre muy *cutre-lux*, de la forma más digna que podían permitir cuatro pesetas. No recuerdo muy bien cómo surgió aquello de Assenede, un amigo de Rufo se empezó a vincular a temas de gestión de productos de arte y cultura y surgió la posibilidad de que fuéramos a

Assenede. Nos alojó en su casa y nos invitaron a participar en el proyecto. Y luego Holanda. Eso surgió a través de Valencia, de una galería valenciana, no recuerdo ahora cuál, que había recibido una propuesta de estos holandeses, nos llamaron y nos dijeron *igual os interesa conocer esto*, y fue así fíjate. Ya iba todo encadenado, iban surgiendo cosas, que si el CBK, ya que vamos a Holanda, y allí se montó una exposición en *Il Ventuno*, que era una galería en Bélgica, un edificio precioso. Los viajes en furgoneta eran maravillosos. Rufo conseguía meter todo en ese espacio, porque era el experto. Fue entrañable. De todo esto hay una parte profesional y una parte emotiva, emocionante, enigmática, hay muchos componentes en esta aventura.

Olga Fernández: Claro, la inteligencia es la capacidad de adaptarse a situaciones distintas, ¿no?

Alejandro Martínez: Supongo que sí.

Olga Fernández: Y la inteligencia es lo mismo, pero colectivamente.

Alejandro Martínez: Pues qué inteligentes que somos (risas). Sí, hasta un punto en el que lógicamente ya no…

Olga Fernández: Porque por ejemplo contaba Rafa que la semana pasada ha cerrado el *Circo [Interior Bruto].*

Alejandro Martínez: Claro, cada uno en su ciclo. Los síntomas son sencillos. No es lo mismo tener 22 que 32, ni 28, que 38. Rufo, Néstor ya se habían desvinculado, ambos coinciden en un momento.

Víctor del Río: Más o menos estás contando el final, pero ¿tú como lo describirías?

Alejandro Martínez: Habría varias maneras de enfocarlo. Una es una muerte natural. Hay un ciclo que se cierra, de lo que notas los síntomas porque con la edad todo el mundo tiene el deseo de cambiar el registro y eso va empezando a hacerse coincidente. La presión económica teóricamente fue una clave, supuestamente fue una razón, porque fueron años de miseria, de precariedad y llega un momento en el que todo esto va pesando. Se cambió, de registro, de edades.

Olga Fernández: Familias que quieren asentarse, ¿no?

Alejandro Martínez: Puede ser.

Olga Fernández: Lo que contaba Javi Ayarza el otro día en tu casa era que el papel de las mujeres había sido el de sostener, porque todas en general estaban vinculadas al mundo de la educación, eran profesoras, tenían un trabajo estable, pero que habían jugado un papel muy importante, ¿no?

Alejandro Martínez: Supongo. Sobre todo en lo individual. Digamos que esto son variables que son ciertas. Luego hay más que son de interpretación: lo que creo es que había que dar otro peldaño y para ese peldaño, o bien no había fuerzas, o bien no había ilusión, o visión, o era ya nuestro techo intelectual, espiritual o como se quiera decir. Yo creo que era el momento de otro paso adelante. Habíamos hecho los demás y ése no.

Olga Fernández:¿Hacia dónde iba ese paso?

Alejandro Martínez: Como no se hizo, no sabemos, pero estamos hablando de intuición. Cuando dábamos un paso nunca sabíamos a dónde iba a parar. Yo aquí puedo estar proyectando mil películas y no tener nada que ver con la realidad. Lo digo porque particularmente me resistí en la medida de lo posible a que desapareciera. Porque sí. Creí que teníamos un proyecto. Lo que pasa, al final, es que el proyecto es la gente que lo formamos. Yo estaba en el error fundamental de creer que existe el proyecto, cuando no podía ser.

Olga Fernández: Porque las personas no lo encarnaban.

Alejandro Martínez: Claro. Posiblemente con toda la razón del mundo, porque cada cual tenía sus razones más que sobradas para no querer dar ese paso. ¿Qué por dónde hubiera ido? ¿Por dónde lo veía yo? Hoy, en la misma situación, no lo vería igual, pero entonces lo que creía es que había que aumentar, que ir a más, gestión más compleja, con más ambición y a generar realmente. Como si todo hubiera sido un preámbulo para empezar a montar un gran, gran sistema de trabajo y de arte. Quería seguir en proyectos de colaboración con otros artistas.

Olga Fernández: Por ejemplo eso que me has contado alguna vez de residencias de artistas…

Alejandro Martínez: No sé. Todo eso lo he pensado después. Ahora mismo estoy haciendo una especie de memoria un poco abstracta. Sé que pensaba que no teníamos que desaparecer, porque pensaba en generar situaciones interesantes desde un punto de vista artístico. Y eso podíamos seguir haciéndolo. ¿El problema? Se requerían recursos. La gestión se complicaba y la atención, la tensión, la concepción aumentaba. Quizá fue del todo prudente no seguir por ahí, porque a lo mejor no hubiéramos podido. Dicho de otra forma, a mí me enrollaba de otra forma, pero a las personas lo que les interesaba era hacer arte y no espectáculo. Con toda la razón del mundo, dirían, yo no me meto ahí, que yo lo que quiero es hacer mi obra, no montarme un bacalao. Por eso digo que ahora es cuando se ha de pensar, ¿no? Estoy tratando de recordar. Por entonces, creo, me hubiera gustado hacer el experimento de seguir creando red, creando vínculos y generando. Yo creía que el trabajo de Eva podía seguir, pero ahí el final fue un poco feo. En ese sentido, porque no había recursos. Es verdad que mantener a Eva (aunque se mantenía en unas condiciones económicas bastante deplorables, porque había pocos recursos) y el buscar y gestionar proyectos tenía que tener la contrapartida de que teníamos que responder a esas cosas. Con esto creo que también se generaba una tensión. Si busco movidas y luego no las suscribís, pues estamos en falso. Creo que se estaba en esa situación y el último proyecto, el proyecto de Canadá, fue una cosa turbia, tibia, mal, porque Jesús ya no fue. Recibir a los canadienses fue genial y la gente, con más o menos gusto o afinidad con lo que ellos hacían, les recibió con mucha hospitalidad, pero no había una identificación clara. Era un trabajo muy conceptual, muy de acciones. Nos llegaba más a algunos, pero no a todos. No estaban Rufo y Néstor.

Olga Fernández: Decía Ayarza el otro día que hizo su obra más conceptual en Canadá.

Alejandro Martínez: Pero eso fue cuando fuimos. Yo me refiero a la base, la atmósfera en general.

Olga Fernández: Había habido otros procesos de aprendizaje que se podían haber dado, pero a lo mejor implicaba un militar sobre cómo entender las cosas, ¿sabes lo que te digo? Que ahí ya no hay tanta acción, que, a lo mejor, para que funcione, o bien se establece como pro-

yecto, como dices tú, más ambicioso, o bien se va hacia una manera de entender más afín.

Alejandro Martínez: Es posible que también cada uno… En cualquier caso Canadá fue una experiencia muy chula. Tengo un recuerdo buenísimo y esta gente fue estupenda. Tampoco tuvo Canadá la temperatura que se dio con Francia o con Holanda. Era otro estilo, aunque también la atmósfera de trabajo que se dio allí fue hipercutre. El lugar donde exponíamos era magnífico, sólo tienes que ver las fotos y te entra un vértigo tremendo, de miedo, porque eso era lo más, era interesantísimo. Tú ves ahora las fotos y te asustas, pero recuerdo allí que era muy excitante. Era un escenario absolutamente inmejorable: aquel centro comercial lleno de cosas rarísimas, de gente de lo más insólita y nosotros en medio, en una sala que estaba en obras y allí pusimos, tal cual, las cosas de cada uno. Tengo un recuerdo particularmente emocionante, pero como A Ua Crag no estoy tan seguro. A lo mejor resulta que cada uno tiene el mismo recuerdo. Creo que la atmósfera que rodeó este proyecto fue un poco bárbara. Tal es así que no se hizo publicación. Eso es insólito. Luego nos vinimos y ya no se hizo. Lo suyo era, como en otras ocasiones, el haberlo sacado, pero no se sacó. El porqué, no lo sé.

Olga Fernández: A lo mejor no había fuerzas.

Alejandro Martínez: No lo sé. A lo mejor no había dinero, porque no se le quiso dar importancia. Quizá la gente no creía en lo que había hecho. No sé. Un signo es que no había nada publicado. Tal es así que Javi ahora ha aparecido con fotos. Nadie sabía que había fotos de lo de Canadá. Fue llegar de allí y el proyecto de Rekalde y el proyecto del Cruce, pero a mogollón, porque en el último año, dos años, era el momento en el que A Ua Crag era una máquina de churros, con Eva gestionando. El momento en el que podíamos decir «ahora», el momento en el que podíamos estar todo el día por ahí, haciendo historias. Y es cuando va y se muere, lo cual, a lo mejor, es interesante. La vocación es la de haberse currado el tema, pero no recoger. Llega la época de la cosecha y no recogemos. En cierto modo era el momento en el que teóricamente nos podían haber ocurrido cosas muy interesantes, pero no fue así. Porque estaban casi los elementos, existía capacidad de gestión, existía cubículo, existía obra, era «el momento», curiosamente. Y esto a mí me resulta enigmático y me hace pensar que todo tiene una estructura abstracta muy interesante. Eso al margen de lo que yo pudiera pensar. Tenía que cerrarse el ciclo, porque [el ciclo] tiene por dentro una estructura. El tiempo tiene forma.

Olga Fernández: En las conversaciones se nota mucho. Sobre todo en la primera, que prácticamente no participamos y se fue desarrollando sola. Es como un ciclo de vida o muerte, evolutivo, a lo mejor es-

to no se lee, pero...

Alejandro Martínez: Pero qué curioso que tanto esfuerzo, teóricamente, de hacer estrategias para introducirse en el mercado y, curiosamente, es justo lo que no ha ocurrido.

Olga Fernández: Porque las individualidades entraron en el mercado de otra manera y de manera individual, no de manera colectiva. Por otro lado a lo mejor es que los años de voluntarismo acaban quemando mucho. Quiero decir que eso, bien engrasado, la máquina –el dinero es una grasa–, y cuando llega el momento de recoger pues estás cansado.

Alejandro Martínez: Estoy pensando en esa estructura interna que está por dentro dibujando toda la cosa. Me resulta curioso. Ahora me llaman la atención varias cosas y es que los supuestos objetivos más fáciles de entender, por lo que se monta todo, al final y a la postre no ocurren, no sirven. En cambio lo que queda en positivo, lo que realmente precipita la máquina, es justamente otra cosa, no sé cómo se llama.

Olga Fernández: A lo mejor no está tan separado como parece. Creo que tiene dos patas.

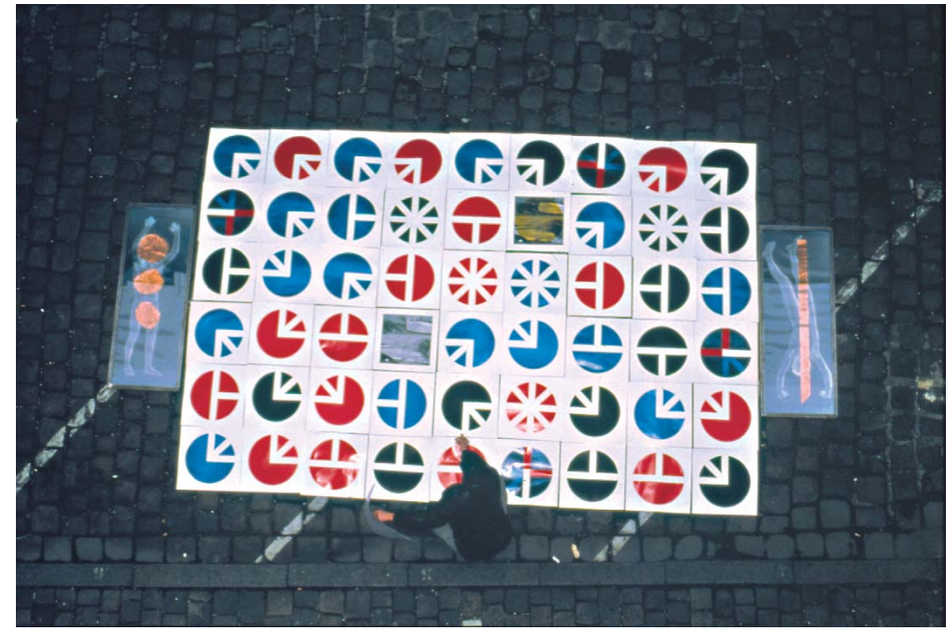
Alejandro Martínez: Cuando muere, cuando se acaba la historia, es como un ciclo natural. De alguna manera lo ves, forma un dibujo. Todo el desarrollo temporal de la vida de A Ua Crag forma un dibujo. Llamaba la atención el hecho de que justo al final es cuando no parábamos, se supone que podíamos hacer más cosas, el momento en el que podríamos triunfar, trabajar un montón, estar en muchos sitios, etc. Todo parecía indicar esa posición y justamente es cuando cerramos el tema. Por eso digo qué curioso el dibujo que hay en la historia, como si hubiera algo que no es lo que pensáramos, sino que se ha dibujado por dentro. En fin, esto son otras historias que no sé explicar muy bien.

Víctor del Río: Eso es lo que se explicaría con lo que tú mismo empezaste tu discurso. Al margen de todo eso había «algo» que os atrajo de manera especial, inexplicable. Como que tú percibías que había que estar allí, quiero decir, que no era ni la estrategia, ni…

Alejandro Martínez: Sí, yo le doy importancia a eso, pero a lo mejor soy un mal educado, como leía a Herman Hesse en la época, quizá se me ha quedado torcido el cerebro. Lo cierto es que hay un montón de cosas que no son… A mí me fascinan los dibujos internos que forman los fenómenos y, aunque a veces te trazas un cálculo, a veces la fuerza interna es mayor y es la que manda. Me parece que A Ua Crag tiene un dibujo interno.

Olga Fernández: Evidentemente los que más tiraban hacia la introducción en el circuito eran Néstor y Rufo en ese momento.

Alejandro Martínez: Con la aquiescencia de quienes también pensaban lo mismo, porque Jesús Max lo ha tenido clarísimo.



Olga Fernández: ¿Tampoco estaba en ese momento?

Alejandro Martínez: Sí.

Olga Fernández: Sí estaba, pero no fue a Canadá. Quiero decir que se desvinculan. Y eso hace que se pierda fuerza. Vosotros no conseguís un nuevo líder que os convenza: ya estamos en el circuito, ahora qué vamos a hacer; quiero decir que no es tan ajena una cosa de la otra.

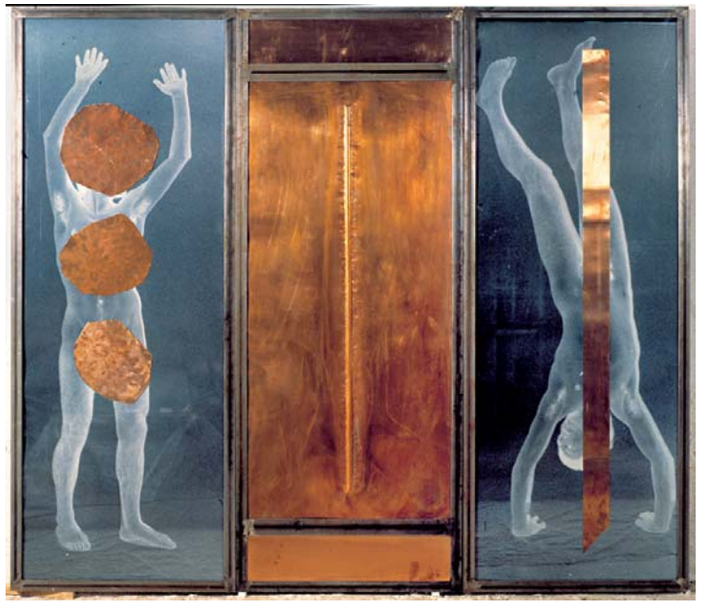
Alejandro Martínez:¿Quieres decir que la ausencia de ellos de alguna manera fue debilitando el proyecto? Claro, lógicamente.

Olga Fernández: Por lo que dices tú de *estábamos en el circuito*, es que la manera de estar en el circuito no era igual para todos. No todos entendían lo mismo por estar en el circuito, porque, a lo mejor, para ellos estar en el circuito era tener galería, estar, vender, y para otros hacer proyectos, moverse.

Alejandro Martínez: Sí, es posible, es otra forma de entenderlo.

Víctor del Río: Lo que quizá faltaba era una figura de liderazgo.

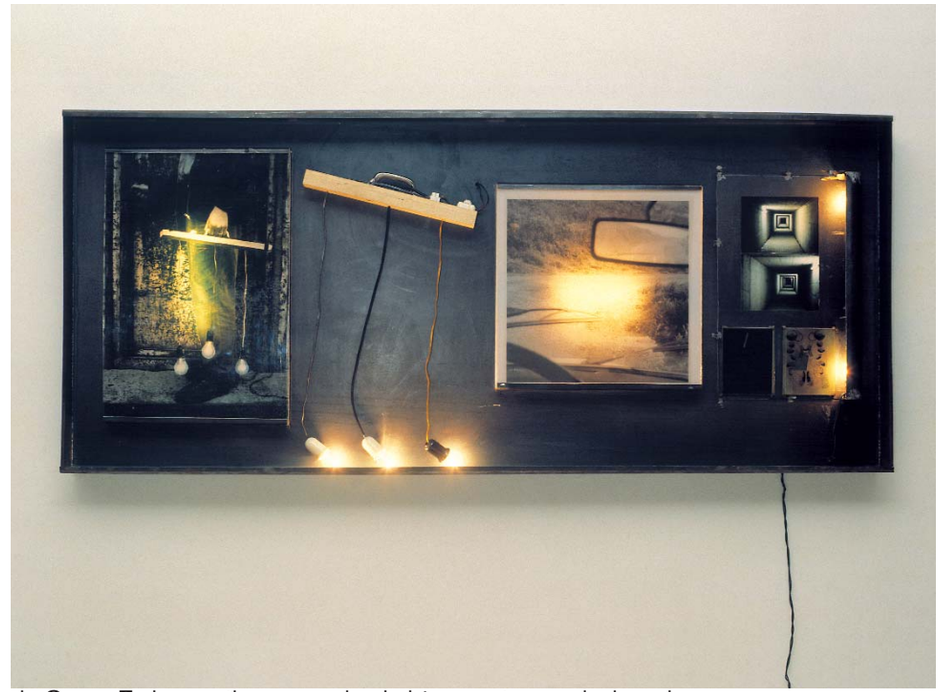
Alejandro Martínez: Probablemente sí. Néstor y Rufo son como el papá y la ma-



má, en el sentido de unos roles. Luego éramos generaciones posteriores, más jóvenes, y más jóvenes que yo Julián y Jesús. Entonces ¿qué ocurre? Jesús Max es un rollo. Con las ideas muy claras, pero es un rollo. Julián, pues… todo parte de él. No estoy intentando caracterizar. De alguna forma todos hemos ido jugando roles complementarios, o útiles, pero cuando Rufo se va, evidentemente eso se siente, porque él era un puntal. Era una persona en la que la gran mayoría, de un modo u otro, se apoyaba. Aunque liderazgo tampoco es la palabra, porque A Ua Crag no se ha medido en esos parámetros. No funciona exactamente como en otros grupos. Lo que sí es verdad es que hay pesos específicos. Lo de Rufo lo sentimos todos, pero fue una decisión que, en principio, no restó vitalidad al grupo. De hecho se hizo la *Itinerante.* Fue un momento muy activo. De los mayores está Pepe, que de alguna forma creo que sí quiso adoptar cierto rol pero, en fin, es verdad que la situación fue debilitándose.

Olga Fernández: Hubo una fase de inercia, de movimiento, unos tiraban hacia un lado, otros hacia otro.

Alejandro Martínez: Lo que fue clave fue lo



de Cruce. Todos sentimos que algo había pasado y, desde mi punto de vista, de alguna manera, en Cruce cada cual se traicionó. Uno con otro, no fuimos como a otras cosas de A Ua Crag. De repente fuimos a Madrid. Madrid fue maldito para A Ua Crag. Creo, no lo digo como un reproche, que no se evitó el hecho de que como era Madrid era la ocasión. A ver si se me ve un poquito…

Olga Fernández: Ahí es donde está el dibujo mejor definido.

Alejandro Martínez: Mira por dónde fue el veneno. Y la exposición del Cruce no estuvo mal, ni mucho menos, porque yo creo que no había problemas de obras. Los trabajos eran buenos, mi trabajo fue de lo mejorcito, Rafa se montó una historia estupenda, Javi se montó una secuencia fenomenal, lo de Julián… Quiero decir que no es que las obras no estuvieran bien, pero de repente algo sucedió. Me dio la sensación de que ahí no habíamos sido A Ua Crag. Habíamos montado una exposición de unos personajes, y lo detectó [Fernando] Castro rápidamente. Y él fue uno de los propulsores de que fuéramos a Madrid. Quiso que lleváramos *Geografía –métodos–,* pero nosotros quisi-

mos hacer esto nuevo. Él no lo vio muy claro, no le sedujo. Algo pasó. Y como no tuvo ninguna trascendencia, supongo que los que más expectativas tenían de que pudiera significar algo útil…

Olga Fernández: Era un espejo y no se reflejó.

Alejandro Martínez: No sé. Eso lo veríais mejor vosotros.

Olga Fernández: Nadie ha contado nada de esto. Siempre han hablado de muerte natural.

Alejandro Martínez: Al final son muchas variables, hay muchos factores. Cada uno al final termina siendo lo que es, no puedes evitar ser lo que eres.

Olga Fernández: Digamos que el encuentro con el desencanto es una de las cosas.

Alejandro Martínez: Si tienes muy claro que a ti lo que te gusta son situaciones de excitación artística para el conocimiento, y te interesan las redes y unir energías, generas un tipo de cosa. Y si tu objetivo es generar un currículum estupendo para que en un momento dado te saquen a bailar, ese día te pones muy guapa, te sientas en la silla y no te sacan… (risas). En el fondo estas cosas pasan. Como si en A Ua Crag hubiéramos vivido una serie de cosas fantásticas que, incluso, nos las hemos encontrado, pero es como decir: qué bien nos lo hemos pasado, pero mañana hay que pagar las facturas. Ahí yo creo que, consciente o inconscientemente, hay una reflexión: tendría sentido seguir con A Ua Crag, pero en el fondo yo quiero ser un profesional y así no vamos a ninguna parte.

Olga Fernández: En la conversación en Milagros sí que hay una parte que se rescata, hay una cierta decepción en la línea que dice Alejandro.

Alejandro Martínez: Y que han pasado once años y la gente ha pasado de veintidós, veinticuatro, veinticinco a treinta y dos, treinta y cuatro, treinta y cinco y no ves las cosas igual. Después de esos años, si tú ya estás con una situación profesional con recursos, con reconocimiento, con gente que te confía cosas, no hablo de fama ni dinero, hablo de sentir que estás formando parte de un movimiento profesional, para entendernos, pero A Ua Crag, once años después, con toda su infinidad de cosas positivas, no había conducido a eso, y te planteas: a lo mejor ahora tengo que seguir mi camino de otra forma, a lo mejor esto se ha cerrado. Yo decía: puede haber un paso adelante, pero claro, era muy complejo, había que creer en él, y verlo. Entiendo que hubiera la tentación de seguir por otro lado. A Ua Crag había agotado sus posibilidades, por decirlo así, porque once años después no nos había llevado ni a unos a unas galerías serias ni a otros estar involucrados en una movida potente. De un modo u otro era normal tener esa sensación de que A Ua Crag había agotado sus posibilidades.

Víctor del Río: Hay una palabra muy buena para explicar la situación de los artistas con el contexto, el «reconocimiento». Es evidente que para el artista es importante el reconocimiento por parte de otros.

Alejandro Martínez: Creo que un poco sí. A toda la gente que hace un buen trabajo le gusta que se lo reconozcan. Yo, con el paso del tiempo, he llegado a esta conclusión del reconocimiento, el hecho de que muchas veces no quieres dinero, pero sí sentir que eres una persona apreciada, valorada.

Víctor del Río: En particular, en A Ua Crag hay una fase de reconocimiento interno, hay una dialéctica entre el reconocimiento interno, que se da de manera casi endogámica, y una relación con el exterior, basada también en esa situación. Había sido una cohesión interna, que era un reconocimiento, y una especie de respeto mutuo, porque todos hablais con mucho respeto de la obra de los otros, y luego se busca esa presencia de respeto en el exterior, que no se ve satisfecha.

Alejandro Martínez: Luego me arrepentiré de lo que digo. Las situaciones que se daban en otros países, en otros sitios, tenían unos componentes de descubrimiento y de indagación personal que, como poco, eran satisfactorios. Quien más, quien menos, ensayaba cosas, con unos resultados interesantes en lo artístico y probablemente en lo personal. Sin A Ua Crag Rufo nunca hubiera hecho escultura. Nadie hubiera ensayado hacer instalaciones. Cuando salíamos fuera era como la oportunidad. Un ámbito de descubrir nuevas cosas. A lo mejor no es correcto decirlo pero A Ua Crag, de alguna forma, es como una gran escuela. Esos once años es como un curso privilegiado. En mi caso sí. Yo vivía la situación desde el principio como que tenía que aprender, que no sabía nada. A Ua Crag me lo ha dado todo. Esa aventura, para mí, han sido once años de universidad inmejorable. Y creo que para todos. Julián era chapista, Jesús andaba manchando papeles y así sucesivamente. Todo ese periodo la gente se siente de alguna manera más completa, y a lo mejor llegó el momento de que la gente ha de avanzar por su cuenta. No lo sé. Esto es un poco forzado, pero, de alguna manera, creo que todo el proceso A Ua Crag es una gran experiencia, en el sentido de descubrimientos, de exploraciones, pero curiosamente en Madrid, en el Cruce, no hay nada de eso. La gente empaqueta muy bien sus cositas y se las lleva para allá. Luego se pensó que nos equivocamos. También pienso que Cruce tampoco se ilusionó con nuestras cosas. A Ua Crag generaba también otras expectativas, y llegar allí y poner una serie de cosas un poco maduras, está bien pero no emocionó. Y estábamos en un proceso en el que en A Ua Crag se genera una expectativa de emoción, en el sentido más intenso, y las obras están bien, pero algo pasó.

Olga Fernández: Ya en Canadá se iba prefigurando eso, porque era más profesional. Cada uno iba a lo suyo, por lo que has contado.

Alejandro Martínez: Bueno, pero eso es siempre así en todos los procesos de trabajo. Cada uno ha estado en su cosa.

Olga Fernández: Digo en la interrelación con los canadienses.

Alejandro Martínez: Lo que pasa es que ellos nos dieron el apoyo logístico y nosotros íbamos trabajando. Igual que cuando ellos vinieron aquí. Cuando fuimos a Assenede, lo mismo, no era diferente. Lo que ocurre es que no tuvo la temperatura que se tuvo en otros. Veíamos menos a la gente del grupo que vino aquí. Aparecieron esporádicamente, pero no se involucraron demasiado, excepto Richard [Martel]. Lo que pasa es que Canadá, estoy convencido, nació como una cosa que no emocionaba. Así en lo de A Ua Crag se cumplió el trámite, se fue allí y lo pasamos todos muy bien, fue una experiencia estupenda. Digo que allí no hubo registro, no sé por qué. Yo estoy encantado con lo que hice, Rafa creo que se lo pasó genial y Javi dice que hizo una obra estupenda.

Víctor del Río: De todas formas el tema del reconocimiento en el extranjero es muy distinto. Ahí el reconocimiento viene dado. Tú ya vas como un personaje digno de atención, el problema es Madrid.

Olga Fernández: Porque se vuelve a romper la dialéctica de la periferia. Se vuelve a la de local, nacional, internacional.

Víctor del Río: En realidad el problema es que la medida era corta. Lo que queríais era Madrid. Había una especie de necesidad intermedia, que era lo internacional, pero a A Ua Crag no le bastaban los intercambios internacionales, sino que quería ese aterrizaje en Madrid.

Alejandro Martínez: En Madrid queríamos el certificado y, como no llegó, dijeron: bueno anda, puedes volver a tu pueblo. Es posible que nos equivocáramos al perder de vista el objetivo.

Olga Fernández: Si triunfó en el extranjero, cómo no voy a triunfar en Madrid…

Alejandro Martínez: Pero era un triunfo muy relativo de la periferia a la periferia. Yo lo pienso y A Ua Crag en Madrid éramos un poco marcianos, porque nuestra personalidad intelectual, artística, cultural, realmente te das cuenta de que no estaba en la dinámica de la gente de Madrid. No hablas el mismo lenguaje. Me acuerdo que se hizo un debate allí en el Cruce, y claro, ellos son muy dados a los discursos intelectuales y nosotros éramos unos marcianos. Hablábamos de las cosas, pero de una manera que lógicamente no era ésa. Tengo que decir que la gente era estupenda. Lo que pasa es que no cuajó.